 Tiempo de lectura: 2 min.

Una antigua fábula persa habla de un hombre que sólo tenía un pensamiento: poseer oro, todo el oro posible.
Era un pensamiento voraz que devoraba su cerebro y su corazón. Así pues, no podía tener ningún otro pensamiento, ningún otro deseo que no fuera el oro.
Cuando pasaba por delante de los escaparates de su ciudad, sólo veía los de los orfebres. No se fijaba en tantas otras cosas maravillosas.
No se fijaba en la gente, no prestaba atención al cielo azul ni al aroma de las flores.
Un día no pudo resistirse: entró corriendo en una joyería y empezó a llenarse los bolsillos de pulseras, anillos y broches de oro.
Por supuesto, al salir de la tienda fue detenido. Los gendarmes le dijeron: “¿Pero cómo ha podido pensar que podría salirse con la suya? La tienda estaba llena de gente”.
«¿En serio?», dijo el hombre atónito. “No me di cuenta. Sólo vi el oro”.

“*Tienen ojos y no ven”, dice la Biblia de los falsos ídolos. Se puede decir de tanta gente hoy en día. Están deslumbrados por el brillo de las cosas que más brillan: las que la publicidad diaria desliza ante nuestros ojos, como si fueran el péndulo de un hipnotizador*.
Una vez, un profesor hizo una mancha negra en el centro de una hermosa hoja de papel blanco y se la mostró a sus alumnos.
“¿Qué veis?”, preguntó.
“¡Una mancha negra!”, respondieron a coro.
“Todos habéis visto la mancha negra que es diminuta”, replicó el maestro, “y nadie ha visto la gran hoja blanca”.

En el Talmud, que recoge la sabiduría de los maestros judíos de los cinco primeros siglos, está escrito: “En el mundo venidero, cada uno de nosotros será llamado a rendir cuentas por todas las cosas bellas que Dios ha puesto en la tierra y que nos hemos negado a ver”.
La vida es una serie de momentos: el verdadero éxito consiste en vivirlos todos. No re arriesgues a perder el gran papel en blanco, por perseguir una mota negra.